

RESEÑA DE REVISTAS

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes, tomo XXIV, 1968, cuadernos 1º-3º.

El sumario de estos cuadernos es el siguiente:

JULIO CARO BAROJA, *Por los alrededores campesinos de una ciudad*, págs. 3-33.

GABRIEL LLOMPART, *Cabos sueltos de folklore religioso mallorquín*, págs. 35-56.

J. L. PÉREZ DE CASTRO, *Contribución al vocabulario del bable occidental*, págs. 57-64.

VICENTE TALÓN ORTIZ, *Formación de una canción vasca*, págs. 65-73.

JUAN MARTÍNEZ RUIZ, *Visita a las imprentas granadinas de Antonio de Nebrija, Hugo de Mena y René Rabut en el año 1573*, págs. 75-110.

JOAQUÍN BARCELÓ VERDÚ, *Las "embajadas" en las fiestas de moros y cristianos*, págs. 111-119.

J. M. SATRÚSTEGUI, *Las casas de Valcarlos*, págs. 121-145.

GERVASIO MANRIQUE DE LARA, *La emigración del campo a las ciudades*, págs. 147-176.

Archivo:

OLGA F. AUTENCHLUS MAIER, *Indígenas actuales del Ecuador*, págs. 177-184.

OLGA F. AUTENCHLUS MAIER, *Los indios de la Guayana Venezolana*, págs. 185-189.

Notas de libros, págs. 191-210.

Necrologías, págs. 211-215.

JOSÉ PÉREZ VIDAL, *Comportamiento fonético de los portuguesismos en Canarias*, págs. 219-252.

GABRIEL LLOMPART, *Los barros folklóricos del belén mallorquín del siglo XIX*, págs. 253-264.

THÉO BRANDÃO, *O presépio das Alagoas*, págs. 265-331.

JOSÉ CARLOS DE TORRES MARTÍNEZ, *Léxico de la caza de la perdiz con reclamo en Andújar*, págs. 333-342.

J. VALVERDE ALVAREZ, *Notas típicas del paisaje cultural de tierra de Camba*, págs. 243-364.

Archivo:

ELVIRO MARTÍNEZ, *Los tejeros de Llanes y su lenguaje*, págs. 365-386.

Notas de libros, págs. 387-408.

Noticias, págs. 409-412.

Necrologías, págs. 413-416.

Bibliografía, págs. 417-446.

Destacamos:

GABRIEL LLOMPART, *Cabos sueltos de folklóre religioso mallorquín*, págs. 35-56.—Bajo este título Llompart presenta un interesante ensayo en que trata de cinco aspectos de la tradición religiosa mallorquina y en que describe con gran viveza algunas costumbres en las cuales campea el saber del pueblo y su gran sentido religioso.

El primer aspecto que trata Llompart es el de los 'Centuriones del Jueves Santo', figurantes que se vieron más o menos hasta 1950.

Los *centurions* eran una especie de representación de los legionarios romanos; su intervención se circunscribía a los días santos; la más importante de sus actuaciones era la del viernes santo, en la custodia del sepulcro del Señor. Además tomaban parte en las funciones piadosas del jueves y el viernes santos y en la procesión del Santo Encuentro del domingo de pascua.

La representación de estos centuriones o legionarios romanos es frecuente en retablos, en los viacrucis más populares y en grabados de devocionarios. Su existencia como personajes incorporados a las costumbres, representaciones y piedad de los fieles parece derivarse de la creencia de que ellos fueron quienes atestiguaron la divinidad del Señor ante los hechos extraordinarios que se verificaron inmediatamente después de la muerte de Cristo y de los cuales nos informa el Evangelio.

Su indumentaria, que llegó hasta los albores de este siglo, consistía en un yelmo con visera y cresta de las que pendían en su parte pos-

terior ases de cintas de seda; en camisa, pantalones y medias blancas, cubierta, la primera, por una cota de malla de hojalata y los pantalones, por una faldilla (especie de bata) de color rojo, que daba hasta la rodilla. Calzaban alpargatas o sandalias cuyas correas o cintas rosadas subían por las piernas sobre las medias blancas; en las manos portaban largas lanzas.

Una fotografía de dos centuriones de comienzos del siglo, tomada en Pollensa, ilustra esta descripción. Este atuendo tradicional fue sustituido por el de los oficiales romanos que aparecen en la película *Quo vadis?* Ultimamente se ha modificado su actuación que se reduce a tomar parte en las procesiones del jueves y el viernes santos; pero ya no custodian el monumento ni el sepulcro ni toman parte en la procesión del Santo Encuentro el domingo de pascua.

El número de centuriones en cada localidad variaba; oscilaba entre dos y nueve.

En Sóller los centuriones eran cuatro; por turnos rigurosos, en períodos de una media hora, acompañaban al Señor en el monumento, desde el momento en que éste se inauguraba hasta el fin de las ceremonias matutinas del viernes santo. Sólo en los momentos más solemnes de las celebraciones montaban guardia los cuatro centuriones.

El jueves tomaban parte en la procesión del Cristo de la Sangre y el viernes, en la del Santo Entierro, después de la cual montaban guardia ante el sepulcro de Cristo. Para la misa de gloria del sábado debían estar los cuatro custodiando el catafalco del Señor hasta el momento en que el sacerdote oficiante cantaba gloria y renacían las voces del órgano y las campanas, momento en el cual simulaban huir despaavoridos ante la inminencia del milagro de la resurrección corriendo confusamente y con gran despliegue y espectacularidad hacia la sacristía.

En la procesión del Santo Encuentro reaparecían precediendo a la cruz parroquial.

El ser centurión obedecía a menudo a una promesa; después de su actuación se retiraban definitivamente.

En San Llorèns d' es Cardessar los centuriones, que no eran cuatro sino cinco, comenzaban su intervención en la Semana Santa la noche del jueves santo, en que, haciendo mil piruetas y equilibrios, se colocaban formando un pelotón de guardia al monumento, a eso de las 7 de la noche, pasando por entre luces, adornos y tiestos de plantas preciosas. Su entrada precedía a la original y significativa ceremonia del lavatorio de pies que se hacía a los niños de primera comunión; durante el sermón del mandato se hacían tres relevos de guardia que indudablemente distraían a los piadosos feligreses.

Durante este día los centuriones montaban guardia hasta después de la Hora Santa nocturna, y luego se retiraban para proseguir su

faena el viernes santo en que actuaban durante todas las ceremonias del día: descendimiento, procesiones, etc.

El domingo de resurrección los centuriones reiniciaban y terminaban sus funciones. Al abrir las puertas de la iglesia al culto yacían al pie de las andas del Resucitado los cinco, fingiendo dormir; sucesivamente se iban despezando y cuando despertaba el último, comenzaban a *correr*, dejando *entrever* su azoramiento al no hallar al Señor por ningún lado. Por fin, hacían como que se encontraban con la imagen del Resucitado, se incorporaban a la procesión y hacían guardia de honor al Señor.

Llompart cita la afirmación de Antonio María Alcover de que esta escena era frecuente en los poblados circunvecinos de San Lloréns, Son Carrió y Son Servera.

En Pollensa sólo había dos centuriones; su homenaje al Señor Sacramentado era muy espectacular, ya que para llenar su cometido hacían tres genuflexiones vistosas: la primera a la entrada del templo, la segunda en el centro de éste y la última al pie del monumento. La actuación de los centuriones en esta población se reducía a los jueves y viernes santos.

En muchos lugares llamaban a estos penitentes judíos (*jueus*). En Cataluña, en donde también existían, se designaban *armats* y también tomaban parte en la procesión de Corpus; de ellos se tiene noticia desde comienzos del siglo xvi. También se conocieron en Castilla.

A continuación el ensayista nos da una breve reseña sobre la palabra *monumento*, cuyo precedente, *monumentum*, se usa en la Vulgata para designar el sepulcro de Cristo. Los romanos llaman aún hoy *sepulcri* a las exposiciones de la Eucaristía los jueves santos, es decir, nuestros monumentos.

Luego el señor Llompart nos da las impresiones de un portugués, Tomé Pinheiro, que estuvo durante Semana Santa en Valladolid a comienzos del siglo xviii. Transcribe textualmente sus palabras para que captemos mejor las impresiones del visitante: "Al reservar el Santísimo Sacramento, no le dejan en custodia descubierto, que se pueda ver, sino en unas arquetas que tienen para este efecto...".

Llompart se documenta luego en la relación que hace Antoine de Lalaing, quien relata el viaje que hizo a España en 1501 Felipe el Hermoso y que, refiriéndose a la Semana Santa de Madrid, dice: "Les jours de blanq joedi et du vendredi saint, tendent par toute Espagne, et acoustrent les églises le plus ricement qu' ilz puèvent, et sont plaines de gens armés toute la nuyt, pour garder le sépulcre".

[En Colombia, en la población de San Martín de Loba, Departamento de Bolívar, existe una cofradía que tiene gran analogía con los centuriones de Mallorca; la función de esta hermandad es únicamente espectacular. Para la procesión del jueves santo el atuendo de los miembros de ella es el siguiente: pantalón bombacho rojo hasta encima de

las rodillas; medias blancas largas que empatan con los pantalones; blusa negra sencilla sin ninguna insignia; turbante adornado con plumas de gallina en que predomina el color blanco. Su actuación consiste en acompañar al Crucificado durante la procesión del Jueves Santo, dando al caminar tres pasos adelante y uno atrás. En San Martín los llaman los *romanos*. En la cofradía puede inscribirse y retirarse de ella el que quiera.

Al centurión romano, a quien la tradición romana llama Longinos y al que los campesinos de Mallorca invocan al retirarse al reposo con las dos oraciones rimadas que a continuación transcribo, también canta el pueblo colombiano en sus cuartetas populares.

*Un Pare nostre al sant centurió
que mos guardi així com guarda a Nostro Senyor.*

*Un Pare nostro al sant centurió
perque mos guard de lladres i d' homo e dona traidor.*

Un padre nuestro le ofrezco
a aquel Santo Centurión
que vio la muerte de Cristo,
su gloria y resurrección.

(Timaná, Huila).

Unos nacen para santos
y otros para ser indinos;
Judas nació pal infierno
y pa la gloria Longinos.

(Pacho, Cundinamarca).

Para traidor nació Judas
y Dimas pa buen ladrón;
Longinos nació parao
y acostao nací yo.

(Santo Domingo, Antioquia).

Para falso nació Herodes,
y Judas para traidor,
para cobarde Pilatos,
para el cielo el Centurión.

(Florida, Nariño).

Virgen de la Cueva Santa,
alúmbrame mi camino,
como el corazón de Dios
iluminó el de Longinos.

(Bochalema, Norte de Santander).

El corazón de la Virgen
lo traspasó Simeón,
y el de Cristo, el Viernes Santo,
la lanza del Centurión.

(Andalucía, Valle del Cauca).

Bendito mi Dios del cielo,
bendito su corazón
que abrió para mi consuelo
la lanza del Centurión.

(Rionegro, Santander).

El segundo capítulo de este ensayo lo intitula Llompart: *Confits de Caparutxa*. Se refiere a una costumbre singular, espectacular e insólita, también de la Semana Santa de Mallorca: los encapuchados, que amparan su anonimato bajo sus capirotos, van obsequiando dulces a los conocidos que encuentran a uno y otro lado del camino que recorre el cortejo procesional.

Estos confites, que únicamente se hacen para Semana Santa, son elaborados a base de azúcar y almendras. Esta costumbre tiene una vieja data, pues se tiene noticia de que en 1787 ya se fabricaban.

La Cofradía de Semana Santa, la más antigua de las cofradías de Semana Santa en Mallorca, obsequiaba a sus cofrades confites; esto lo prueba una partida de sus libros de cuentas hacia los años de 1771 y 1772 cuyo asiento dice: "60 rudes de confits de mitja lliura; 33 lliures de confits".

Tal costumbre originó desórdenes que la Iglesia tuvo que reprimir en diversas épocas con las disposiciones pertinentes. También se hizo tradicional que los novios mandaran a sus prometidas confites (*bellaria ex sacaro confecta*) junto con un cirio adornado con lazos de cintas, objetos que eran llevados a la iglesia en una especie de competencia para ver cuál de los galanes era más pródigo con su prometida. Esta es costumbre que aún prevalece en el sector rural de la Isla.

Juan Amades en su *Costumari* hace ver que esta usanza no fue exclusiva de la Isla sino que se encuentra en otras provincias de España.

Los confites de más vieja data en Mallorca son los de anís; los de avellana son mucho menos usados que los de almendra.

[Encuentro cierta analogía entre la copla recogida en Pollensa, referente a los confites y una registrada en Villapinzón (Cundinamarca) que hace alusión al 'batido blanco', dulce elaborado a base de azúcar y claras de huevo, muy usado en Semana Santa por la clase popular.

*En el cel ei ha confits
i una basseta de mel;
tots els angelets del cel
ei van i mullen el dit.*

En el cielo hay un platillo
lleno de batido blanco;
y angelito que se arrima
mete y se chupa la mano].

Bajo el encabezamiento, *Huevos de avestruz en lámparas de iglesia*, Llompart nos cuenta cómo a comienzos del presente siglo en algunas lámparas colgantes de tal cual iglesia de la Isla un huevo se fijaba a ellas. El ensayista no alcanzó a conocer ninguno, pero a él ha llegado la noticia de su existencia.

En el folclor mallorquí no existe la costumbre del huevo de pascua de chocolate o azúcar, que es totalmente foránea y no aclimatada allí.

Se inicia este aparte con una cita de Bartolomé Ferrá, escrita a fines del siglo pasado, y que dice: "Aún quedan en Mallorca algunas lámparas colgantes con un huevo blanco ensartado en la parte superior...". Así, pues, el huevo fue un elemento decorativo regional y esto quizá por ser el símbolo medieval de la resurrección, ya que dentro de sus paredes calcáreas se encierra el germen de la vida.

Cuando el sábado de gloria (santo) los sacerdotes salían a bendecir con agua bendita renovada las habitaciones de sus feligreses, ceremonia designada en la Isla con el nombre de *salpàs*, recibían de manos de ellos unos cuantos huevos o las tradicionales *panades*, empanadas de carne de cordero que constituyen el plato tradicional de la Isla para estas efemérides. Y lo mismo acontecía en los campos cuyas casas se bendecían en la semana de pascua; en ellas frecuentemente se obsequiaba a los sacerdotes con huevos y con queso.

Santa Ana de los alfilericos del Santuario de Gracia es el título de otro capítulo del artículo de Llompart. Describe a grandes rasgos el santuario de Nuestra Señora de la Gracia en la isla de Mallorca y luego ubica dentro del templo la capilla en la cual se venera a Santa Ana oculta y supersticiosamente. Habla en seguida de la arquitectura y decoración de esta capilla. Si el turista o visitante se detiene a contemplar la imagen de la Santa, advierte de inmediato que la túnica, el manto y aun el calzado de la estatua, que es una talla de madera

del siglo xvi, se hallan horadados por la punción de alfileres, abundante e ininterrumpida, pues las muchachas que están en la edad de merecer y descan contraer matrimonio acuden al santuario, y más concretamente a la capilla de Santa Ana, para impetrar a ésta su gracia y clavar en alguna parte de la estatua un alfiler. A Santa Ana allí la han constituido en abogada y encargada de conseguirles novio y de ayudar a la realización de la boda, si ya lo han conseguido, y de hacer que les convenga el pretendiente que tienen, o de que se les retire, si el matrimonio que planean no les conviene.

Parece que esta superstición estuvo un día más viva en la Isla; Bartolomé Ferrá informa que a principios del siglo en el santuario de la Virgen de la Consolación en Santañi las muchachas casamenteras clavaban alfileres en los muros del templo con la intención de conseguir marido. Esta es costumbre extendida por toda la Península; ya Joan Amades, en su estudio de los exvotos, señala análogas supersticiones con respecto a la Mare de Déu del Mont de la Garrotxa y también de la Virgen de los alfileritos, que se venera en la calle del Refugio de Toledo.

Llompart hace mención de una costumbre que está hoy en vigencia en la clase popular de Madrid y es la de recibir de la novia alfileres de los que ha empleado en su traje; las muchachas que los reciban se casarán en breve.

[En Colombia, en el Departamento de Cundinamarca, esta costumbre se refiere al ramo, como pude observarlo en una ocasión, en Chía, en una boda muy popular de la que fui padrino. Aquí la novia después del desayuno reúne a todas las muchachas solteras en edad de casarse que hayan asistido a la boda en un sitio determinado y con ayuda de los padrinos rifa el ramo de novia. La muchacha que se lo gane se casará en corto plazo; si tiene novio, formalizará su matrimonio, y si no lo tiene, lo conseguirá, si no el mismo día de la rifa, en muy corto tiempo].

Presionar a los santos para conseguir marido por medio de alfileres parece ser costumbre muy extendida en Europa: a este tratamiento sometían al San Cristóbal de una pintura mural de la capilla del castillo de Sornière (Chevillé) y al mismo San Cristóbal venerado en Laval, que tenía un pie en alto y al que punzaban las muchachas con un alfiler mientras no conseguían novio; sólo lo libraban de este martirio el día que lograban casarse.

Mengis en su *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens* menciona también la costumbre de punzar a los santos con alfileres con el fin de conseguir la gracia deseada. Era frecuente clavar el alfiler en una de las partes más sensibles del cuerpo para obtener por medio de esta especie de magia de dolor lo que de su intercesión se solicitaba. Estas supersticiones mágicas parece que son comunes también a Italia y Francia.

Hay un proceso inquisitorial de 1571 que toma Llompart de Agustín de Amezcúa, en el cual una persona, que horadaba la pared con un clavo, decía estas palabras: "Yo no hinco aquí clavo, sino en el corazón de fulano, que me quiera y ame, y haga lo que le pidiere". Nos da el ensayista otras pruebas de estas supersticiones extendidas en el mundo europeo, algunas de las cuales pudo él comprobar personalmente en una visita a Nápoles.

[En Colombia también son muy frecuentes estas prácticas y de una manera especial en las regiones de los Llanos, en las ribereñas del río Magdalena y en los Departamentos de la costa Atlántica y del Pacífico.

San Antonio es quizá entre las colombianas el santo más implorado por las muchachas para que les consiga marido y hay una serie de coplas a lo largo y ancho del país para obtener del Santo tal favor.

Para conseguir el amor o el retorno de un querer encontramos en Gamarra (Departamento del Cesar) la siguiente oración a Santa Helena de la Cruz, que en el momento de ser invocada debe estar en el altar casero con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, al lado del retrato de la persona cuyo amor se anhela, al cual se le deben clavar cuatro alfileres: dos que le taladren los ojos, otro la frente y otro el corazón; la Santa debe estar alumbrada continuamente por dos espermas y, en el momento de rezar la oración, por cuatro más. Cuando la persona querida retorne o se decida a amar, el cuadro de la Santa debe colocarse en su posición normal.

La oración dice así:

Madre de San Constantino,
Santa Helena de la Cruz,
que atravesastes el mar
con los clavos de Jesús
y calmastes las borrascas,
centellas y tempestá
con una oración secreta
y con sino celestial
que te iluminó el Eterno
navegando en alta mar.
Por la corona de espinas,
por los clavos y la cruz,
enlazaste de los cuernos
y la cola al Belcebú.
Por estas mismas insinias
de la pasión de Jesús,
reconcíliame, Señora,
con el que me aprometió
una alianza perdurable
y su palabra de honor.
Amén.

(Antes de decir la palabra *amén* se hace mención de la persona amada que por cualquier causa está alejada)].

La última parte del artículo reseñado se intitula "*Defensius*" o *detentes de Mallorca*.

Dice el articulista que ha tenido oportunidad de trajinar con una colección de más de un centenar de detentes elaborados por las monjas de clausura de la Isla.

Ilustra esta información con una lámina en que se reproducen 21 estilos, de diferentes formas, tamaños, y ornamentación con diversos motivos, de los cuales el predominante es el del corazón de Cristo circundado por la corona de espinas y rematado en su parte superior por una cruz.

Los detentes llevan fragmentos de reliquias y de la llamada 'cera del corpus', u hojas de olivo del bendecido el domingo de ramos, cedulillas impresas o fragmentos del *Agnus Dei*.

Es notable la diferencia que se puede advertir entre los detentes fabricados en el siglo XVIII y los facturados en el siglo XIX. Los primeros están hechos con más esmero y cuidado. También se alude en este capítulo a la ilustración de las monjas que los elaboraron, que era casi nula, como se deduce de los titulitos que escribieron en los *Defensius*.

Finalmente se transcribe la inscripción de las cedulillas encontradas en los primeros detentes. Está escrita en latín; se inicia con la palabra *INRI* y termina con la nota de *Imprimatur* del entonces Vicario General de la Diócesis.

LUIS FRANCISCO SUÁREZ PINEDA.

Instituto Caro y Cuervo.

EMERITA, Revista de Lingüística y Filología Clásica, Madrid, tomos XXXV-XXXVII, 1967-1969.

Tomo XXXV, 1967.

Fasc. 1º.

ANGEL PARIENTE, *Sobre crēdere, sacerđos, y el grupo de verbos ab-, ad-, con-, in-, ob-, per-, subdere*, págs. 1-43. — La suposición de que es *DHE- el segundo elemento de composición en estas palabras — según la opinión "unánime y general", "refrendada por una tradición larguísima, que llega hasta los orígenes de la gramática histórica", y que "se apoya en unos cuantos hechos, que superficialmente mirados